

## PROBLEMAS DE LA EDUCACION SEXUAL ESTUDIADOS A TRAVES DE UNA ENCUESTA \*

### II. ESTUDIO ANALITICO DE LOS RESULTADOS DE LA ENCUESTA

En la realización de este estudio seguiremos el orden de las preguntas de la encuesta tal y como aparecen en el original. Omitiremos, sin embargo, el comentario de la segunda y la tercera por no ofrecer particularidad alguna. Digamos de una vez por todas que los participantes son en su totalidad estudiantes y varones.

#### *Edades de los participantes.*

Las edades de los participantes en la encuesta se reparten de la forma siguiente:

AÑOS	Frecuencias	%
15 .....	80	17
16 .....	189	40,2
17 .....	149	31,7
18 .....	43	9,1
19 .....	6	1,2
20 .....	3	0,4

Como se ve, el acmé de la curva de edades se halla en los 16 años con el 42 por 100 de los participantes. Siguen los 17 años, con el 31,7 por 100. Continúan los 15 con el 17 por 100. Vienen en último lugar los 18, con el 9,1 por 100. Las edades de 19 y 20 años, con seis y tres frecuencias respectivamente, apenas si están representadas.

(\*) Vid. primera parte en SÍNITE - 4 (1963) 165-174.

*Edad en que se informa el muchacho del verdadero origen de la vida.*

Esta pregunta, como se preveía, no ha resultado fácil de responder con precisión. Son muchos los que lamentan no poder contestar con la exactitud que desearían. En previsión de tal dificultad, se les ha invitado a indicarlo de modo aproximado, cuando no lo recordasen exactamente.

Esto supuesto, se han obtenido los siguientes resultados:

Respuestas exactas .....	27,3 %
Respuestas aproximadas .....	71,6 %
No lo recuerdan .....	1,1 %

Lo que se persigue aquí es conocer la edad de la *primera iniciación*. Es decir, el momento en que el muchacho se entera de que los niños no vienen de París ni los trae la cigüeña, sino que proceden de la madre, aunque desconozca todavía la parte del padre en la procreación.

Hay casos en que la iniciación es *completa* desde el primer momento, y en edades muy tiernas. Mas, en general, se sigue el proceso indicado. La función del padre se descubre más tarde. El niño permanece mucho tiempo sin sospecharla.

**CUADRO DE PORCENTAJES DE LAS EDADES  
EN QUE LOS MUCHACHOS CONSULTADOS RECIBIERON  
LA PRIMERA INICIACION**

AÑOS	%	AÑOS	%
4 .....	0,3	12 .....	16,3
5 .....	1,6	13 .....	11,3
6 .....	4,1	14 .....	5,3
7 .....	6,7	15 .....	0,5
8 .....	10,3	16 .....	0,2
9 .....	14,7	17 .....	0
10 .....	14,4	18 .....	0,3
11 .....	13,5		

Como vemos, el chico se entera muy pronto del origen verdadero de la vida. He aquí una primera y fundamental realidad que padres y educadores han de tener muy en cuenta. La curva asciende de los cuatro a los nueve años. Desciende entre los diez y los once para ascender de nuevo a los doce en que alcanza el segundo acmé,

superior al primero. Luego, desciende rápidamente hasta los quince años. Las edades restantes apenas si están representadas.

Esto nos está diciendo que, a partir de los seis años sobre todo y por influjo de la maduración y del ambiente, comienza el niño las investigaciones de carácter sexual —vamos a llamarlas así— y las continúa a lo largo de toda la tercera infancia. En algunos casos pueden iniciarse con cierto retraso, ya en plena pubertad. Habrá que achacarlo entonces al factor maduración que puede presentar un ritmo más lento y, sobre todo, a la carencia de estímulos provenientes del medio.

De la consideración del cuadro anterior se desprende inmediatamente una grave consecuencia pedagógica a la que aluden muchos de los consultados. El adulto, el educador, tienen que estar muy sobre aviso para no llegar tarde y ser adelantados por el «amigo». Ese 21,1 por 100 de muchachos que ha recibido la iniciación ya entre los seis y los ocho años es muy significativo. Son edades éstas en que se deben extremar los cuidados con el fin de prevenir la información malsana y crear en el niño ideas exactas sobre estas cuestiones.

Dejemos ahora que hablen los interesados.

Dice uno:

«Me enteré del origen de los niños y del proceso entre los cuatro y cinco años, pero quizá diera mayor importancia al último hecho. Recuerdo claramente que cuando oía hablar de la cigüeña y París solía reírme y en mi casa me creían demasiado niño para saberlo.»

Este mismo adolescente cuenta así cómo se enteró:

«Cuando era muy niño tuve una niñera de unos trece o catorce años. Después fui creciendo y aún solía ir a su casa, en donde jugaba con sus hermanas y amigas que tendrían entonces doce o trece años. Ellas fueron las que me explicaron más o menos en qué consistía» (16,5).

A veces la información pasa por una serie de dudas previas que no dejan de preocupar al muchachito. He aquí con qué ingenuidad lo expresa uno:

«Poco más o menos yo sospechaba a los siete años que era imposible que en París fabricasen niños, inverosímil. Lo de la cigüeña podía pasar. Sospechaba que era mentira, pero

no suponía el verdadero medio de generación. A los nueve años, ya suponía, pero no estaba seguro. Y a los diez (todo es aproximado) estaba seguro» (16,6).

Casos tristes hay en que la información llega en edad muy temprana acompañada del pecado. Así lo declara un adolescente que dice:

«Me enteré a los ocho años aproximadamente. Fue por medio de amigos que me enseñaron la masturbación y todo lo agradable del acto sexual omitiendo todo aquello de desagradable que pudiera disminuir su aceptación por mí» (15,7).

No siempre acontece esto en edad tan tierna ni de manera tan brutal. Así, en el caso de este muchacho afortunado que puede escribir textualmente:

«Comprendí el problema de la vida a los catorce años. Me informé de ello sabía y prudentemente mi madre» (17,5).

#### *Las fuentes de la primera iniciación.*

Como era de esperar, las respuestas a esta pregunta son variadísimas. Algunos señalan diversas fuentes de información. Aquí nos vamos a fijar únicamente en la primera, es decir, en la que actuó sobre el niño antes que ninguna otra, o simultáneamente con otra.

#### CUADRO DE FRECUENCIAS Y PORCENTAJES

Factores	Frecuencia	%	Factores	Frecuencia	%
Padre .....	10	1,9	C o n v e r -		
Madre .....	19	3,6	s a c i o n e s		
Padres .....	6	1	o í d a s .....	15	2,5
Sacerdote ....	46	9,9	R e f l e x i ó n e		
Amigos .....	339	64,1	i n t u i c i ó n		
Secreto .....	42	8,4	p e r s o n a l ...	7	1,3
Profesor (se-			M u c h a c h a ....	1	0,1
glar o reli-			A c o p l a m i e n t o		
gioso) .....	14	2,2	d e a n i m a l e s	3	0,5
Criados-as ...	7	1,3	O r a c i o n e s y		
Hermano ma-			f ó r m u l a s		
y o r .....	7	1,3	d e l c a t e c i s -		
Persona ma-			m o .....	2	0,2
y o r .....	5	1	L i b r o s f o r m a -		
Primos .....	2	0,2	t i v o s .....	1	0,1
			E s t u d i o s .....	2	0,4

Un detenido examen del cuadro recapitulativo precedente nos manifiesta que, sobre 528 intervenciones señaladas por los consultados, sólo 10 corresponden al padre, 19 a la madre y 6 a ambos juntamente.

Es decir, que la iniciación ha sido realizada por los padres únicamente en el 6,6 por 100 de los casos, con cierto predominio de las intervenciones maternas. Aparece, pues, claramente, que los padres no están a la altura de sus obligaciones de educadores natos de los hijos, ni de lo que éstos les van a pedir precisamente en este mismo terreno, como veremos más adelante.

Si consideramos las intervenciones del sacerdote y del educador, veremos que tampoco se dan con la frecuencia que desearían muchos adolescentes. La iniciación procede del primero sólo en un 9,9 por 100 de casos. El segundo, seglar o religioso, interviene el 2,2 por 100 de las veces.

Ante la falta de ilustración procedente de los adultos directamente encargados de la educación del niño en los momentos en que se exacerba su curiosidad sexual, éste tiende a saciar su sed de saber en fuentes más a su alcance. Esto explica el subido porcentaje de informaciones en secreto, el 8,4 por 100, comparadas con las anteriores tomadas aisladamente. Recordemos que por información en secreto entendemos la que se obtiene por la consulta de libros, revistas, enciclopedias, diccionarios, etc.

Mas la fuente principal de información es el «amigo».

«Sobre todo, lo que quiero dar a entender —dice a este propósito un adolescente, no sé si con ribetes de escéptico o en tono acusador— es que la fuente principal de aclaración consiste en el amigo. Al fin y al cabo, él es chico como tú y no va a decir nada. Pero, ¿y si se lo digo a mamá, no me dará un cachete y no me querrá? ¿Y a mi confesor? Me va a dar mucha vergüenza... Más o menos esas son las preguntas que nos hacemos cuando llega la hora. Y además, que aun siendo fuertes y pidiendo explicaciones, te va a dejar más inquietudes en tu mente que antes tenías.»

Concretamente, en nuestro caso, sobre 528 respuestas, 339, es decir, el 64,1 por 100, aseguran haber recibido de un «amigo» la primera iniciación. Si a eso añadimos las siete intervenciones de criados y criadas; las nueve de familiares: hermano mayor y primo; la de una muchacha, y las cinco de personas mayores, nos encontramos con que en realidad el 67,9 por 100 de las informaciones les llegan a nuestros muchachos a través de los «amigos».

Mención especial merecen las conversaciones intrigantes oídas a personas mayores. Como quien nada escucha, el muchacho las sigue con extraordinaria curiosidad y de lo hablado entre dientes, a media voz, con reticencias, fácilmente deduce, «hilvanando cabos», lo que aquéllas no se atreven a decir con claridad. De ahí que en un 2,8 por 100 de los casos les haya venido la iniciación por ese camino.

Por fin, tres aluden (0,5 por 100) a los libros formativos y a los estudios. Siete (1,3 por 100) manifiestan haberse autoiniciado por intuición y reflexión personal. Tres (0,5 por 100) lo han deducido de la contemplación del acoplamiento de los animales. Dos (0,2 por 100) de la reflexión sobre el Avemaría, o la fórmula del Catecismo que explica cómo se obró el misterio de la Encarnación.

Oigamos ahora las propias declaraciones de los encuestados.

«Me parece que fue por un criado, aunque mamá también me lo dijo, pero llegó un poco tarde» (16,7).

«Se puede decir que por los "amigos". Estos, al decir estas cosas (tendrían por término medio dos años más que yo) se enorgullecían de hombres. Según el instinto de imitación, luego hablábamos entre nosotros, los pequeños» (16,3).

«Menos por mis padres o sacerdotes, me habré enterado por todos los medios. Una parte los amigos, por simple reflexión, hasta del Avemaría, consultas al diccionario, libros de medicina, más bien tratados sobre el problema sexual, que de uno u otro modo caían en mis manos» (17,4).

«Este asunto se suele aprender de cosas que se oyen, investigaciones que naces, preguntas, y, sobre todo, de conversaciones con otros compañeros» (15,15).

«La iniciación creo que fue hacia los nueve o diez años. Y después, a los trece, recibí la información completa por medio de un pequeño libro que me entregó mi padre y que decía «Díganos la verdad sobre los misterios de la vida y el amor» (15,8).

«Primero me enteré por un amigo, y como no lo veía claro, consulté con el Padre espiritual» (17).

«... aunque también explicado por un Hermano. Gracias a él he conocido el verdadero amor que tengo que tener a la madre» (17,3). (La primera le vino de un amigo.)

«Por medio del catecismo Astete, en las preguntas que dicen: ¿Pues cómo se obró el misterio...? En las purísimas entrañas de la Virgen María formó el Espíritu Santo de la purísima sangre... ¿Cómo nació milagrosamente? Saliendo del vientre de María...

Estas preguntas me sirvieron especialmente como principal noticia sobre el origen de los niños» (16,7).

«Un día me puse a considerar cómo sería aquello de la cigüeña, como no daba con ello, se lo pregunté a un amigo

el cual me dio la respuesta exacta. También lo vi en libros que me recomendaron leer para conocer esto» (15,15).

«Por medio de los amigos, pero de una manera incompleta. Después, cuando aún tenía alguna duda, por medio de una criada» (17,1).

«La verdad es que yo he sido informado no por una persona en concreto, sino por la conversación con unas y otras personas. Aunque nunca por mis padres o profesores» (16,6).

«Por un criado. Me lo dijo en una ocasión en que yendo conmigo cometió un pecado de masturbación» (17,6).

Desde un punto de vista meramente objetivo, los diversos factores de información pueden dividirse en buenos, malos e indiferentes.

En sí, son procedimientos buenos de información —aunque subjetivamente puedan resultar nocivos de hecho— la intervención de los padres, del sacerdote y del profesor.

Consideramos objetivamente mala —aunque no siempre produzca efectos nocivos en el sujeto— la información procedente del «amigo», tomando esta palabra en toda su extensión. Lo es también la realizada en secreto o a través de conversaciones oídas a personas mayores, y la obtenida a través de «libros formativos» cuando falta una persona de solvencia moral a quien consultar las dudas y oscuridades que siempre suscitan esas lecturas.

Formas indiferentes en sí, aun cuando de hecho puedan tener efectos perjudiciales, son a nuestro parecer la llamada por algunos intuición o reflexión personal, la contemplación del acoplamiento de los animales y la «meditación» de las fórmulas dogmáticas y de algunas oraciones.

Esto supuesto, observamos que sólo el 18,6 por 100 de los muchachos estudiados han recibido iniciación sexual objetivamente sana. Sobre un número bastante exiguo, el 2 por 100, han actuado factores inocuos. En cambio, la inmensa mayoría, el 71,5 por 100, han bebido las aguas turbias de una iniciación realizada por medios objetivamente perjudiciales.

He aquí, desnuda y sangrante, la primera conclusión que se desprende de la encuesta. De cien niños, setenta y ocho caen en manos de salteadores de almas inocentes.

#### *Momento y modo de la iniciación completa.*

Como complemento de la pregunta anterior, pretendemos en ésta determinar la edad media en que los muchachos adquieren la informa-

ción sexual completa. Es decir, el momento en que se enteran de la parte que corresponde al padre en la procreación.

Se dan casos de verdadera precocidad, aunque son más bien raros como puede observarse en el siguiente cuadro recapitulativo.

**CUADRO RECAPITULATIVO DE LAS EDADES EN QUE  
SE REALIZA LA INICIACION COMPLETA**

AÑOS	%	AÑOS	%
6 .....	1	13 .....	18,8
7 .....	0,5	14 .....	22,6
8 .....	2,3	15 .....	11,9
9 .....	2,3	16 .....	4,8
10 .....	8,8	17 .....	1,1
11 .....	6,4	18 .....	0,3
12 .....	18		

Una ojeada atenta a ese cuadro nos descubre en seguida que el acmé de la curva de edades se encuentra aquí en los catorce años con el 22,6 por 100 de los casos. Pero la iniciación completa conoce un período de gran actividad entre los diez y quince años, y más particularmente entre los doce y los quince. Es el período crítico de dicha iniciación. En él se informan el 59,4 por 100 de los muchachos. Muchos reconocen espontáneamente que esas edades son también las más difíciles para ellos. Se comprende que así sea, ya que coinciden con la aparición de la pubertad y los desconcertantes fenómenos que lleva consigo.

Como en la primera iniciación, también en la completa interesa conocer los factores que han influido particularmente sobre el muchacho. Para mayor claridad los daremos en un cuadro recapitulativo. Helos aquí:

Factores	%	Factores	%
Padre .....	1,5	Conversaciones	
Madre .....	4,6	oídas .....	0,5
Padres .....	0,3	Reflexión e intui-	
Sacerdote .....	28,1	ción .....	1,6
Profesor .....	3,6	Libros formativos.	1,4
Amigo .....	30,4	Estudios religiosos	
Secreto .....	9,7	y profanos .....	2,3
Familiar .....	0,9	Ejercicios espiri-	
Criados .....	0,8	tuales .....	0,4
		No señalan origen.	13,8

Los datos de este cuadro nos dicen que también en el momento de la iniciación completa tanto el padre como la madre están prác-

ticamente ausentes. Sólo intervienen en el 6,4 por 100 de los casos. En cambio, en todas las partes se observa mayor frecuencia en las intervenciones del sacerdote, que alcanzan ahora el 28,1 por 100. Aunque sigan conservando el primer puesto en valores absolutos, descienden considerablemente las ilustraciones procedentes del amigo, quien interviene aún y sólo en el 30,4 por 100 de los casos. Es un fenómeno que se observa en todas las ciudades. Se explica si pensamos que, en la mayoría de los casos, el amigo es incapaz, por ignorancia, de proporcionar esta clase de información de manera satisfactoria. Sigue teniendo su importancia la iniciación realizada en secreto, que asciende al 9,7 por 100 de los casos. Por su parte, la acción del profesor, sea directamente, sea a través de las clases de religión y de ciencias naturales, deja sentir ahora su influjo de manera más eficaz que en la primera iniciación (5,9 por 100).

*Repercusión moral en el niño de las diferentes formas de iniciación.*

Cuestión transcendental para padres y educadores es conocer la repercusión moral que tienen sobre los niños las diversas formas de iniciación sexual que influyen en ellos. Por eso que, desde el punto de vista pedagógico y catequístico, la pregunta que intenta indagarlo, es tal vez la más interesante de la encuesta, y las respuestas a la misma, las que más luces pueden darnos para nuestra actuación ulterior. Vamos a examinar las 520 respuestas que hemos recibido repartidas de la forma que indica el siguiente cuadro.

**CUADRO RECAPITULATIVO DE LOS EFECTOS MORALES QUE PRODUCEN EN LOS NIÑOS LAS DISTINTAS FORMAS DE INICIACION SEXUAL**

FACTORES	Muy buenos							Totales
	Buenos	Malos	Muy malos	Buenos y malos	Malos después	Indiferentes	No recuerda	
Padre .....	1	10	2		1		1	16
Madre .....	2	21			2		2	28
Padres .....		1						1
Sacerdote .....		52	8			1	10	71
Profesor .....	1	9	2				1	14
Secreto .....		16	14	1	2		6	39
Amigos .....		64	179	15	22	12	57	357
Hermano .....		1						1
Conversaciones .		1						1

Como se ve, hay un 17,9 por 100 de muchachos que aseguran que la información procedente del amigo les ha sido moralmente beneficiosa. Son, seguramente, los que han tenido la suerte de dar con un «buen amigo», como ellos dicen. Para un 15,9 por 100, ha resultado indiferente. Pero el 50,1 por 100 confiesan que la iniciación recibida del amigo les ha resultado perjudicial y un 4,2 por 100 manifiestan espontáneamente haberles ocasionado efectos funestísimos. Hay también un 3,3 por 100 para quienes, si esta forma de iniciación no tuvo efectos perjudiciales en el momento mismo, sí que los tuvo algún tiempo después.

Si tenemos en cuenta, además, que para un 6,1 por 100 dicha información ha tenido efectos buenos y malos, llegamos a la conclusión de que para el 57,6 por 100 de nuestros muchachos la información sexual procedente del amigo resulta francamente nociva desde el punto de vista moral, aunque desde otros puntos de vista pueda tener sus ventajas, como algunos lo reconocen, vista la inhibición de padres y educadores.

Muy diferentes son los efectos morales de la iniciación procedente del sacerdote. De las 71 respuestas recibidas, 52, esto es, el 73,2 por 100, reconocen que esta intervención les ha sido moralmente beneficiosa. Hay, sin embargo, un 11,2 por 100 en quien también la intervención del sacerdote produjo efectos perjudiciales. Ello nos indica que no se halla siempre libre de peligros, sobre todo cuando el sacerdote carece de tino y discreción; pero, de todos modos, el aspecto positivo es verdaderamente alentador en este caso, y más, si a ese 73,2 por 100 de efectos francamente beneficiosos añadimos un 14 por 100 de casos en que la intervención del sacerdote ha resultado indiferente en cuanto a los efectos morales, pues, tratándose de esta materia, pueden considerarse como beneficiosos.

Cosa parecida cabe pensar de las informaciones procedentes del profesor. Es cierto que apenas si están representadas. Sólo se alude a ellas catorce veces en el total de las 520 respuestas obtenidas. Con todo, son muy significativas esas diez declaraciones que reconocen la intervención del profesor francamente beneficiosa frente a las dos que la consideran perjudicial.

Sorprenden a primera vista los resultados de la iniciación obtenidos en secreto, por la consulta de toda clase de libros, enciclopedias, diccionarios, revistas, etc. El 41 por 100 de las respuestas la consideran moralmente beneficiosa. Esto puede ser debido a que se trata de «libros formativos», como *Díganos la verdad* de Clemente Pereira, al que

aluden no pocos. Puede también obedecer a una mentalidad juvenil que considera beneficioso el descubrimiento de cualquier verdad sin reparar en los medios para descubrirla. Esta misma observación vale, al menos en parte, para explicar el subido porcentaje de muchachos que atribuyen valores moralmente positivos a la iniciación procedente del amigo, según dejamos dicho. Sin embargo, creemos oportuno advertir que este modo de información no está libre de serias objeciones por parte de los propios adolescentes. No basta que un libro pertenezca a los llamados «formativos» para que pueda leerse sin perjuicio moral. Volveremos sobre lo mismo más adelante. Por lo demás, ese 43,5 por 100 de adolescentes que consideran nefasta la iniciación en secreto, es ya de por sí bastante elocuente.

Lo más interesante del capítulo que estamos estudiando es conocer cómo juzgan los muchachos las intervenciones paternas y qué repercusión moral ejercen sobre ellos. Podemos adelantar que los resultados son verdaderamente alentadores para los padres. ¡Lástima que éstos no se decidan a intervenir con mayor frecuencia, tanto más cuanto que ellos son los primerísimos responsables de la iniciación o educación sexual de sus hijos!

Veintiocho respuestas aluden a las intervenciones maternas. En el 82,1 por 100 de los casos éstas han producido efectos muy buenos o buenos. En el otro 17,8 por 100 no se recuerdan los efectos, o han sido indiferentes, o buenos y malos. ¡Qué consolador resulta el enterarse por boca de los propios adolescentes que las palabras de la madre prácticamente nunca les dañan! ¡Ni siquiera tratándose de cuestiones tan delicadas como éstas! No puedo resistirme a traer aquí, y ahora mismo, el testimonio de un adolescente para confirmar estos resultados numéricos y alentar a las madres que esto lean a que se decidan a ser las iniciadoras de sus hijos.

Dice así este simpático adolescente:

«El hecho de que lo dijera mi propia madre, le dio un carácter tan sagrado para mí, que no me atrevía a hablar de ello.»

Mas digámoslo todo. El mismo muchacho que acaba de hacer esa maravillosa declaración, continúa a renglón seguido:

«Pero, al empezar a oír chistes sobre estas cosas de la boca de mis compañeros, hizo perder mucho del carácter sagrado que antes había adquirido» (16,5).

Declaración que viene a confirmar tristemente ese 57,6 por 100 de casos en que la intervención de un compañero resulta francamente perjudicial. Hay también algo de interés para los padres. Las intervenciones de éstos son menos frecuentes que los de las madres. En cuanto a los efectos, en el 68,7 por 100 de los casos han resultado muy buenos o buenos. Hay un 18,7 por 100 en quienes fueron más bien indiferentes y un 12,5 para quienes han sido claramente perjudiciales.

Pero el que las intervenciones paternas (e incluso las maternas, las del sacerdote o del educador) puedan producir, y de hecho hayan producido, efectos moralmente perjudiciales en el niño, en modo alguno debe preocuparnos ni amilanarnos. El motivo es bien sencillo y lo expresa con muchísimo acierto un adolescente que escribe:

«Hay que pensar que si algo de daño moral puede causar a un chico esta revelación antes de tiempo (hecha por los padres y educadores) este daño es mínimo comparado con el que recibirá de enterarse de ello por boca de sus amigos de la calle» (16,4).

De todo lo dicho parece deducirse una conclusión bien clara: La iniciación realizada por los padres y educadores —sobre todo por los primeros— va acompañada o seguida de efectos beneficiosos o indiferentes —que tratándose de esta materia pueden considerarse como beneficiosos— la mayoría de las veces.

Por el contrario, la intervención del «amigo», y la ilustración realizada en secreto, origina con muchísima frecuencia —con mucha más de lo que piensan bastantes adolescentes— efectos francamente nocivos desde el punto de vista moral. Eso mismo explica la repulsa unánime del amigo como fuente de información. Volveremos más adelante sobre lo mismo. Y es que, por lo general, el amigo, tras de explicar groseramente el origen de la vida, acompaña dicha ilustración con la enseñanza de las prácticas masturbatorias que tantos estragos —al menos subjetivos— ocasiona en el alma de los jóvenes según propia confesión de no pocos. Valga por todas la dramática confesión de un adolescente que termina así sus declaraciones.

«El que me lo dijera un amigo no me ha hecho daño. ¡Me ha más que hecho! Llevo toda una vida de pecados encadenados de castidad por su culpa, y si pudiera, lo mataba» (16,1).

*¡No dejar al muchacho abandonado a su suerte!*

Con la octava pregunta de la encuesta entramos en una fase de la misma en la que los adolescentes van a opinar por cuenta propia. Y lo primero que nos van a manifestar clamorosa y unánimemente es su urgente deseo de que no se les deje solos y abandonados a su suerte frente al problema de la iniciación sexual. En efecto, al preguntarles si debiera existir, a su juicio, una persona encargada de revelar a los niños con claridad el verdadero origen de la vida, el 94,6 por 100 responden con un sí rotundo. Sólo un 3,2 por 100 no lo creen necesario. Un 1,8 por 100 no contestan. Podemos pensar que incluso ese 3,2 por 100 que se declara en contra de la opinión general es, en el fondo, de idéntico parecer. El recuerdo del influjo nefasto que tuvo en ellos la iniciación realizada por una persona malintencionada o inepta, es lo que mueve en realidad a esa minoría a repudiar todo tipo de intromisiones extrañas y abogar porque cada cual se informe por su cuenta. Y es por demás significativo el hecho de que no pocos, lejos de contentarse con subrayar simplemente esta necesidad, se extienden en consideraciones para razonarla y justificarla. En general, lo creen necesario, para evitar falsas interpretaciones y tener ideas claras; para evitar el mal, los vicios, el pecado y el tener que informarse por medios inconvenientes; para enterarse con respeto —dicen— y evitar el escándalo del niño.

A este respecto, traemos aquí dos declaraciones que ilustran magistralmente estas afirmaciones llenas de sinceridad. La primera, de un muchacho iniciado callejeramente por los amigos. Dice así:

«Acarreó en mí sinsabores y preocupaciones pensando cómo nuestros padres podrían hacer semejante cosa fea e indigna para mí entonces» (15).

La segunda, por el contrario, es de un muchacho iniciado paulatinamente y desde edad muy temprana por su propio padre. En ella todo es equilibrio y luminosidad.

«Recuerdo —escribe este afortunado muchacho— que mi padre no sólo me dijo que era una cosa buena, sino maravillosa, un mecanismo sublime de la naturaleza que hace al hombre creador, juntamente con Dios, si cupiere hablar así» (16.10).

*La persona ideal para dar la iniciación sexual.*

Pero ¿quién ha de ser la persona encargada de asegurar a nuestros muchachos esa correcta y cristiana iniciación sexual?

Con esta pregunta hemos llegado al punto culminante de la encuesta, al aspecto más interesante y revelador de la misma, a la parte que nos va a dar más que pensar. No existe, naturalmente, unidad absoluta en las opiniones. Pero aparece de manera manifiesta y clara la orientación de las preferencias de los adolescentes que se polarizan casi exclusivamente en torno a tres ejes: padres, sacerdotes, educadores, conforme la manifiestan los siguientes cuadros sintéticos:

**I CUADRO: FACTOR PADRES**

FACTORES	Frecuencia	%
Padre .....	45	5,6
Madre .....	74	9,2
Padres .....	201	25,8
TOTAL .....	320	40,6

**II CUADRO: FACTOR SACERDOTE**

FACTORES	Frecuencia	%
Confesor .....	59	7,3
Sacerdote .....	208	26
Director espiritual .....	42	5,2
Religioso en general .....	27	3,4
Profesores de ejercicios o cursillos .....	1	0,1
TOTAL .....	337	42,0

**III CUADRO: FACTOR EDUCADOR**

FACTORES	Frecuencia	%
Profesores .....	65	8,2
Educadores .....	4	0,5
Profesor de religión .....	12	1,5
Profesor de ciencias naturales .....	9	1,1
Profesor religioso .....	16	2
TOTAL .....	106	13,3

## IV CUADRO: FACTORES VARIOS

FACTORES	Frecuencia	%
Amigos .....	9	1,1
Persona de confianza .....	3	0,3
Persona bien formada moral y religiosamente .....	16	2
Hermano mayor .....	2	0,2
Médico .....	2	0,2
Libros formativos .....	2	0,2
TOTAL .....	34	4,2

Es, pues, el sacerdote quien acapara el mayor número de preferencias como iniciador. Ello quiere decir que es también el que inspira más confianza a los adolescentes, los cuales, en ocasiones, sienten verdadera admiración hacia su persona.

«Los sacerdotes —escribe un adolescente— salen del seminario con grandes conocimientos que se acrecientan en los años de ejercer, con la práctica. Por lo tanto, para mí, es el sacerdote» (16).

Otro añade:

«Un sacerdote que tenga gran confianza con el que lo desconoce es el más indicado, a mi parecer. Pues muchas veces, a causa del trato continuado y de su preparación, le conozco y sabe hablarle mejor que los propios padres» (16).

Sin embargo, a la hora de decidirse los muchachos no se olvidan de sus educadores natos, los padres. A éstos más que a ninguno otro corresponde asegurar esa iniciación sexual de que tan necesitada se halla la juventud. Por si no hablase suficientemente alto ese 40,6 por 100 de respuestas que reclaman la presencia de los progenitores en momento tan trascendental, transcribimos algunas declaraciones que se comentan por sí solas:

Dice una:

«El gran error de los padres es que crean que educar a los hijos es enseñarles a comer, pongo por ejemplo, no cayendo en la cuenta que tienen más obligaciones, como esta que nos ocupa» (15,2).

Otro añade:

«Creo que se debería dar a los esposos antes de casarse un folleto con las obligaciones que adquieren con los hijos al dar este paso, incluyendo la necesidad de instruirse en este sentido» (16).

Abundando en el mismo sentido escribe un tercero:

«Lo que se debería hacer es dar a los padres conferencias y encuestas para que se diesen cuenta del tremendo y enorme mal que hacen a sus hijos y a los de otros padres con no decir los misterios de la procreación a sus hijos desde pequeños» (15,5).

Por fin, he aquí otras dos declaraciones que no tienen desperdicio. La primera dice:

«Los padres, los padres y siempre los padres. Se lo deben decir poco a poco, eso sí, pero todo, y no cuando sea demasiado tarde. Para ello, entre otras cosas, deben acercarse y ganarse antes la confianza de sus hijos» (15,5).

La segunda se expresa así:

«Un buen padre o una buena madre deberían comprender los problemas que preocupan a sus hijos, de los cuales también ellos fueron sujeto, procurando decirselo de padre a hijo claramente» (16,8).

Destaquemos de paso esa significativa preferencia de los muchachos por la madre, que en general parece inspirarles más confianza que el padre. Son muchos los que aluden a ella en términos a veces violentos y casi siempre con ternura y cariño exquisitos. Así, junto al muchacho que en un arranque, podemos creer que de santa indignación, se lamenta de que haya madres «tan tontas y ñoñas» (18,8) que no se atreven a hablar de esto a sus hijos, he aquí cómo se expresan otros:

«La madre, pues el niño es en quien más confía, aun más que en su padre, pues éste no le inspira cariño sino respeto» (16,3).

«La persona más indicada es la madre, pero por falta de formación, o por lo que sea, es rara la que lo hace. Pero sería lo más maravilloso que nuestra madre, que tanto sufrió por nosotros, nos diese esa preciosa información» (16,9).

Hemos de advertir, sin embargo, que no siempre será la madre la persona más indicada para suministrar todos los conocimientos en materia sexual. Lo será, desde luego, en el momento de la *primera*

*iniciación*. Ella, mejor que nadie, podrá descubrir al niño su maravilloso origen. Mas, tratándose de la iniciación completa, el ideal sería que el padre se encargase de completar la información del muchacho y la madre la de la muchacha. Eso es lo más natural y conforme con la psicología y fisiología de los sexos. Por lo demás, son muchos los adolescentes que espontáneamente hacen esa necesaria discriminación.

El tercer eje en torno al cual giran las preferencias de los muchachos, es el profesor o educador. Si bien es cierto que, por circunstancias que fácilmente se adivinan, el porcentaje baja considerablemente respecto del de los factores anteriores.

Una rápida ojeada al cuadro IV nos revela en seguida algo eminentemente significativo. Algunos muchachos, pocos, se deciden por una «persona de confianza» bien formada moral y religiosamente. Hay unidades que mientan a un hermano mayor o al médico. En el fondo, todo se reduce a lo mismo: el adolescente no admite como iniciadores más que a personas solventes y rechaza de plano la intromisión de todos los demás. Esto aparece bien claro si nos fijamos en el capítulo de los «amigos» y de los «libros formativos». ¿No es revelador, en efecto, que sólo un 1,1 por 100 se acuerde en este momento del amigo —de un buen amigo— aunque anteriormente un 17,9 por 100 haya asegurado que la información procedente del amigo les produjo efectos moralmente beneficiosos? Dígase lo mismo de la información en secreto, aunque sea mediante la consulta de «libros formativos». Si bien es verdad que el 41 por 100 ha asegurado que dicho procedimiento de información les ha sido moralmente beneficioso, ahora, en el momento de la opción, sólo un 0,2 por 100 piensa en esas fuentes. Clara señal de que, en el fondo, no los considera libres de peligros, como veremos más adelante. Volviendo de nuevo al capítulo de los amigos, he aquí lo que sobre ellos piensan muchos adolescentes:

«Creo preciso recalcar —dice uno— que ningún joven acuda a otro muchacho para informarse de este tema u otros semejantes. Dificilmente te sacará de él y sólo conseguirá hacerte un bollo... Aquel que tuviese algún compañero que pretende instruirle en estas materias, le aconsejo que lo rechace» (15,7).

Otro añade:

«Un amigo nunca, ni por equivocación.»

Y este mismo muchacho, que había sido iniciado por un amigo con efectos moralmente desastrosos, declara amargamente:

«Aunque luego intenté encauzarlo por medio del confesor, siempre llevé un lastre grandísimo y muy fastidioso» (16,11).

*La edad más oportuna para recibir la iniciación sexual.*

Hemos intentado averiguar, a través de las declaraciones de los propios muchachos, qué edad consideran más apta para recibir la iniciación sexual sin que se deriven perjuicios de orden moral para ellos. Es ésta la pregunta más delicada y difícil de toda la encuesta. Como era de suponer, muchos han puesto reparos antes de contestar por no considerarse capacitados para opinar en este punto concreto. Bastantes se han limitado a dar una respuesta vaga e imprecisa para eludir el compromiso y la responsabilidad de fijar edades. Pero la mayoría en su afán de ayudar a los muchachos que les han de seguir, y apoyándose, sin duda, en sus recuerdos y experiencias personales, señalan fechas altamente orientadoras.

Unos —con mucho acierto— desearían se adelantase la iniciación lo más posible para prevenir la nociva intromisión del amigo. Otros preferirían que se diera durante la pubertad, período particularmente peligroso para el muchacho. Algunos optan por que se retrase lo más posible, pensando, tal vez, en las desgraciadas consecuencias que tuvo para ellos una revelación demasiado precoz.

He aquí las diversas opiniones reducidas a números:

Edades	Frecuencias	%	Edades	Frecuencias	%
5 .....	2	0,2	12 .....	125	16,4
6 .....	7	0,9	13 .....	127	16,4
7 .....	23	3	14 .....	112	14,7
8 .....	34	4,4	15 .....	66	8,6
9 .....	53	6,9	16 .....	43	5,6
10 .....	75	9,8	17 .....	12	1,5
11 .....	75	9,8	18 .....	6	0,7
			19 .....	1	0,1

Como vemos, los porcentajes más altos se dan entre los doce y los catorce años, los más difíciles para los muchachos por coincidir con la pubertad y los desconcertantes fenómenos sicofisiológicos que lleva consigo. Mas esperar a estas edades para comenzar la iniciación

de muchos jóvenes sería exponernos, en la casi totalidad de los casos, a llegar demasiado tarde. Por eso que, desde el punto de vista pedagógico, están mucho más acertados esos 34,6 por 100 de muchachos, que postulan la iniciación sexual a lo largo de la tercera infancia (seis a once años). Esto supuesto, retrasar dicha iniciación más allá de los catorce años, como lo piden un 16,5 por 100 de adolescentes, sería, dadas las circunstancias ambientales en que viven hoy los niños y jóvenes, lamentabilísima y nefastísima aberración.

Escuchemos algunas opiniones.

«Creo —escribe un muchacho con extraordinario acierto— que al niño nunca se le debe ocultar el origen de los niños porque no es ninguna cosa mala» (16,9).

«A mi entender —declara otro— la iniciación sexual debería darse a los once o doce años, que es cuando el muchacho empieza a preguntarse el porqué de muchas cosas que ignora y que, de no hallar quién se lo diga, lo buscará por medios generalmente no lícitos o convenientes» (18,9).

Por fin, he aquí con qué sentido psicológico discurre este adolescente:

«Una edad propicia para que no tenga el niño daño moral, es a los ocho años, en los cuales, el niño no ha entrado en la dura etapa de la pubertad, y esta revelación no le excitará como a un adolescente para moverse al pecado» (16,4).

#### *Opiniones de los jóvenes sobre cuestiones relacionadas con el tema de la encuesta.*

Nos queda por analizar la última pregunta de la encuesta. Se trata de una pregunta abierta en la que se invita a los muchachos a que opinen con plena libertad sobre el tema que les ha sido propuesto. Las declaraciones de los adolescentes van a ser totalmente espontáneas ya que no han sido provocadas directa ni indirectamente. Por lo mismo, nos van a permitir calar más profundamente en el alma juvenil, captar mejor su mentalidad, sus preocupaciones, problemas, intereses y aspiraciones, siempre, claro está, en lo que afecta al tema que nos viene ocupando.

#### *1.—Padres e iniciación sexual.*

Empezamos por el capítulo de los cargos de los adolescentes contra sus padres.

Los muchachos se quejan de que sus progenitores no les conocen, de que no se preocupan de sus problemas, de que no existe suficiente confianza entre unos y otros. Son muchos los que insisten en estas ideas. Me voy a limitar a traer aquí cuatro testimonios.

El primero dice:

«Frecuentemente los padres consideran que sus hijos a los doce años son unos santos y que no tienen necesidad de saber nada. Precisamente en esta época es cuando se produce una evolución corporal y mental. El niño es cuando, quizá oyendo conversaciones de otros compañeros, empieza a evolucionar, y si sus padres no le aclaran ciertas cosas, tendrá que aclararlas por sí mismo, trayendo a veces graves consecuencias» (16,10).

Añade el segundo:

«Creo que los padres deberían ser más abiertos con los hijos, cosa que muchos no lo son, ya que muchos desconfían de los padres y no se atreven a plantear sus problemas de este tipo. Otros padres no toman a pechos lo que sus hijos plantean, y, por lo tanto, éstos también desconfían y llegan hasta avergonzarse de ellos» (15,3).

Insiste el tercero:

«Una confianza grande de los padres con los hijos desde la más corta edad facilitaría muchísimo estos casos, difíciles y engorrosos generalmente. Si los padres nos conociesen a fondo desde los seis años hacia adelante, evitaríamos tener que andar disimulando para que no se enteren que no vivimos en la luna ni a los ocho o nueve años... sobre todo en los pueblos y con amigos de uno o dos años más» (16,7).

Por fin, he aquí cómo se queja el cuarto:

«En mi caso no ha habido confianza con mis padres. Mis padres no se han preocupado de mis problemas. ¿Será porque no tenían tiempo? ¿Será porque no tenían ganas?» (17,2).

Existe —siguen diciendo los jóvenes— considerable despreocupación de la educación moral de los hijos por parte de los padres.

Uno pregunta:

«¿Por qué descuidan tanto los padres la educación moral de los hijos?» (17).

Y otro añade:

«Mucha culpa de cómo está la juventud la tienen los padres que no cuidan de ellos (sic) en ningún sentido» (16,10).

Esa misma despreocupación es causa de que los padres dejen muchas veces a sus hijos a merced de los amigos sin inquietarse por la calidad moral de las compañías que frecuentan.

«Nuestros padres —declara con amargura uno, refiriéndose a su caso y al de sus hermanos— nos han dejado a merced de los amigos. No quisiera mi suerte a otro chico» (17).

Otro describe así su historia para terminar culpando a sus padres del abandono en que le dejaron frente a los compañeros con quienes de pequeño se juntaba:

«Yo me he juntado casi siempre con malas compañías. Chicos del pueblo en que veraneaba, pinches, etc... No quiero decir que sea gente mala, sino que los chicos de los pueblos están siempre más adelantados en las cuestiones sexuales que los de la ciudad. Y que los pinches de las vacas eran compañías malas porque siendo como eran mayores de edad que yo, no se preocupaban por mí al decir cosas que aún está mal decir las entre chicos de la misma edad.»

«Para mí fue una gran desgracia enterarme del pecado de masturbación aunque no caí hasta los doce o trece años en el primer pecado de esta clase...»

Creo que ante todo debe haber una estrecha vigilancia por parte de los padres sobre los hijos en el aspecto de las compañías. Y, basándose en casos como el mío y el de otros que habrá peores sin duda, inculcar a los padres la necesidad de esa vigilancia constante y metódica» (16,4).

Hay padres, manifiestan algunos adolescentes, que piensan que la educación es obra casi exclusiva de los Colegios. Y creyendo que éstos deben hacerlo todo, se consideran dispensados de sus obligaciones más sagradas, urgentes e intransferibles.

Existen también padres que no miran bien las conversaciones que tienen en presencia o al alcance de los oídos de sus hijos, creyendo ingenuamente que éstos no se interesan en ellas. La realidad es que sucede todo lo contrario, con el consiguiente escándalo del niño.

«Muchas veces he oído cosas a mis padres (creyendo ellos que no les oía) que no debía haber oído» —declara un muchacho que tiene ahora dieciséis años—.

La acusación más grave y persistente que hacen los muchachos a

sus padres es la de que no se prestan para darles la iniciación sexual ni resolverles los problemas y aclararles las dudas que les plantea su evolución sicosomática. Y, si a veces se deciden a intervenir, llegan ya demasiado tarde. En ambos casos, advierten, las consecuencias son desastrosas.

Hemos tenido ya ocasión de leer algunos testimonios relacionados con este apartado. Por eso, me limitaré a citar ahora dos:

«Usted ya sabe —dice en tono condifencial el primero— que muchos padres tienen reparos y también vergüenza en confesar a sus hijos el origen de la vida... ¿Por qué tienen los padres que temer el que sus hijos conozcan una acción tan meritoria para ellos? Al sexto mandamiento se le ha metido siempre entre niebla, siendo, como es, tan natural como los otros nueve. Puedo decir que en mi casa se ha pronunciado muchas veces las palabras «matar» y «robar» pero ni una sola vez «fornicar». Así que yo no sabía en qué consistía eso hasta que me di el primer golpe» (15,9).

«Creo —añade el segundo— que el aspecto de la educación sexual deja mucho que desear, por lo menos en España. Para cuando un padre o un sacerdote «hablan claro», ya el chico se ha enterado por conductos anormales, como amigos, libros, etcétera...» (16,2).

Sin embargo, los adolescentes se dan cuenta de todo. Reconocen que, a veces, el padre carece de la suficiente cultura o que la madre no sabe hallar las palabras adecuadas. Esto podría excusarles de esa inhibición de que se les acusa con tanta insistencia. Veamos, por ejemplo, con qué equilibrio y ponderación enjuicia la actitud de los padres este joven:

«La única excusa que tienen los padres que desatienden este deber —dice— es que a ellos les hicieron lo mismo. Tampoco podemos juzgarles muy severamente, pues muchas veces es que no saben cómo explicárselo, por falta de cultura u otra causa, y ante el temor de hacerles mal, callan, y entonces es peor» (16,10).

Pero lo que de ningún modo pueden hacer los padres —los adolescentes no se lo toleran en ninguna parte— es refugiarse cómoda, cobarde y antipedagógicamente, en la mentira acudiendo a las clásicas patrañas de la cigüeña, París y otras de este estilo, para acallar la legítima e inocente curiosidad infantil. Los muchachos protestan, con razón, de eso que podríamos llamar abuso de la credulidad de los tiernos años. Por otra parte, tenemos que pensar en que las consecuencias de esa actitud paterna son en extremo funestas. La prin-

cial es la pérdida de la confianza en los padres cuando el niño descubre, mucho antes de lo que sospechan los progenitores, que ha sido engañado. Entonces, movido por una especie de instinto de autodefensa, el muchacho reacciona dudando de cuanto le digan en adelante sus padres y dando más crédito al «amiguito» que, al fin y al cabo, le ha dicho la «verdad».

He aquí dos testimonios, entre mil, que confirman lo que acabamos de afirmar:

«Se nos ha dicho a todos —declara el primero— que si a los niños les trae la cigüeña. Y lo hemos creído. Al enterarnos como es, al que haya dicho que es la cigüeña no le creemos nada de lo que diga por miedo a que sea mentira» (16,8).

«Ocultar a los niños la verdad en esto —dice el segundo— me parece una bobada que a veces puede llegar a ser perjudicial. Porque a medida que crece el niño, su credulidad disminuye, y las palabras cigüeña, París y carta, suenan a cuento de hadas, y al querer saber la verdad, lo intenta por lo general por los medios más a su alcance, es decir, los amigos.

»Cuando ya sabe «todo», se da cuenta el niño de que ha sido engañado por sus padres; además el paso... de la inocencia a este nuevo conocimiento carnal... es un duro golpe para la pureza infantil.

«Resumiendo: El ocultar a los niños esta verdad es inconveniente por esos dos motivos: primero, desconfianza del niño en sus padres; segundo, duro paso en el orden de la pureza» (16,10).

A veces los padres ocultan estos misterios por temor a que sus hijos pierdan la «inocencia». Mas, en realidad, afirman los adolescentes, ese temor, y la inhibición consiguiente, no logran lo que pretenden, antes por el contrario acarrear perjuicios sin cuento.

«Muchos padres —afirma en este sentido un comunicante— tienen miedo de que sus hijos pierdan la inocencia. Al demorar la información, ésta llega por cauces no lícitos y las consecuencias son funestas. Así, tratando de evitar lo que «se llama un mal» se origina un mal verdadero» (16,2).

El hecho de que sean los padres quienes den a sus hijos la recta iniciación sexual, tiene, entre otras muchas ventajas, la de que el niño se acostumbra a considerar todas esas cosas como algo bueno por el mero hecho de provenir de los padres. Mas si llega la información por otros conductos, los «amigos», por ejemplo, pensarán necesariamente que se trata de algo malo, ya que los padres no osan hablarle de ello. Tampoco este matiz ha pasado inadvertido a nuestros colaboradores. Veamos cómo razona uno en nombre de muchos:

«Los padres deberían enseñar a sus hijos respecto a su origen en cuanto empiezan a hablar. Pues si se les sale con el cuento de la cigüeña, luego, cuando se enteran de la verdad, creen que como se ha dicho una «mentira», por llamarlo así, creen que es algo malo, y entonces buscan ese origen buscando el mal. Pero, por el contrario, si se les dice cuando son pequeños, luego, si se enteran, pues ya no lo tomarán demasiado en cuenta. Pues para que se lo hayan dicho sus padres tiene que ser algo bueno, o po lo menos indiferente» (15).

Como habrá podido observar fácilmente el lector, la forma de expresarse de este simpático adolescente de quince años ha sido complicada, incorrecta y hasta casi infantil. Mas el contenido de su declaración no puede ser más valioso y acertado.

## 2.—*Educadores e iniciación sexual.*

Aparecen también quejas contra la actitud de los educadores en este terreno concreto. Pero abundan menos y son suaves más que las dirigidas contra los padres. La principal de todas es que tampoco los educadores se prestan para ilustrar a los muchachos en estas cuestiones y, que al igual que los padres, cuando llegan, es demasiado tarde:

«Que no haya —escribe uno— tanta prevención por parte de los profesores cuando el alumno se pregunta, pues esto mismo crea alrededor de nosotros un ambiente desagradable» (16,11).

«En mi caso —añade otro— se da el hecho trágico y ridículo de que cuando no me hacía ninguna falta, pues prácticamente lo conocía todo, nada menos que cuatro personas diferentes (cuatro religiosos) me lo revelaron. Así ocurrió que el bien que debía haber hecho fue nulo por el mal que ya había recibido antes, con la particularidad de que en mi interior me reía de la simplicidad e inocencia de esos buenos religiosos, que me creían, usando frase vulgar pero acertada, en la higuera. He de añadir que si todo lo que me dijeron lo hubieran dicho a los once o a los doce años mi vida actual sería probablemente diferente, pero dejaron paso primero al mal y... (17,8).

Piensan algunos que los colegios de religiosos, donde acuden tantos jóvenes, tendrían que suplir la inhibición de los padres o la ausencia del sacerdote.

«Hay muchos chicos —afirma uno— que no tienen confianza en los padres. Yo soy uno de ellos. Y, además, no tienen un director espiritual. Pero hoy día muchos chicos van a Colegios de religiosos, y creo que allí es donde deberían ser enterados de estos problemas» (16,2).

Consideran momento ideal para aclarar estas cuestiones las clases de religión. Pero en esto no parecen andar tan acertados. Por lo demás, ellos mismos se rectificarán al sugerir que la instrucción sobre estos temas se dé en particular o privado.

«Se debe evitar las explicaciones en público, pues los jóvenes se perturban al recibir esto y la mejor manera que tienen de disimularlo, es la de tomarlo a broma con sus compañeros» (16,1).

### 3.—*Cualidades del iniciador.*

Como es natural, no podían faltar alusiones a las cualidades, que —en la mente del adolescente— debe reunir la persona iniciadora. Realizando un gran esfuerzo de síntesis, podríamos reducirlas fundamentalmente a dos. Tal persona ha de ser responsable y tener autoridad sobre el niño. De ahí que en principio, no pueda ser otra que los padres y educadores, tomando este término en su acepción más amplia. Pero hace falta además que el muchacho «confíe plenamente» en esa persona, o al menos tenga «suficiente confianza» en ella. Esto se logrará si la encuentra bien formada, dotada, seria, en posesión de una gran experiencia y si su carácter sabe acoplarse perfectamente a la psicología juvenil.

Esto mismo nos está diciendo que no puede una persona cualquiera, ni aun alegando su condición de sacerdote o educador, lanzarse irresponsablemente a esta aventura si su intervención no es aceptada por el educando por carecer de las cualidades expresadas anteriormente.

«Que esto —dice un adolescente— sea explicado por personas con las que se tenga amistad buena y que sepan guiar nuestros pasos, y nada mejor que un director espiritual que sea como un compañero y que sepa comprender las acciones de éste (sic) y que no sea muy severo con él, sino que le dé ánimos» (15,6).

Esto supuesto, también a los padres se les exige preparación y tino. De ahí que no pocos, aún reconociendo que los padres serían los más indicados, al no reunir las condiciones exigidas, optan por otras personas.

«Los padres deben ser, pero si se encuentran bien formados en este aspecto y no con un saber vulgar que no haría nada de provecho al chico» (15,1).

#### 4.—*Peligro de los libros formativos.*

¿Qué pensar de los libros formativos escritos expresamente para ilustrar a los jóvenes en estas materias?

Que estos libros, lo mismo que hemos dicho de los padres y educadores, cuando llegan a las manos de nuestros muchachos, llegan también demasiados tarde. He aquí dos testimonios elocuentes:

«¿Me permite una pregunta? ¿A que estos libros formativos, como «Te vas haciendo hombre» y como «Sicología de los adolescentes», se nos dan tarde, cuando ya sabemos lo que ponen y cuando hemos caído en los errores que allí ponen que evitemos?» (16,4).

«Muchos libros que llegan a nuestras manos a los dieciséis o diecisiete años, ¿no sería mejor que llegaran a los catorce?» (16,3).

Por otro lado, algunos muchachos aseguran haberles hecho mucho bien la lectura de estos libros. Aluden, en particular, al opusculo de Pereira, *Díganos la verdad*. Sin embargo, no todos opinan lo mismo. Hay quienes reconocen que incluso los libros escritos con la mejor intención pueden dar lugar a dudosas interpretaciones llegando así a acuciar la curiosidad morbosa del chico, sobre todo, cuando llegan en el período crítico de la pubertad.

De ahí estas declaraciones:

«Los libros se deben vigilar mucho. Pues aunque sean buenos, siempre tienen algo. Lo más importante de los libros es que no te conocen» (15,10).

«A mí, personalmente, no me ha venido bien el completar este saber, a la edad crítica de los catorce años, leyendo en libros que, aún escritos por sacerdotes, nunca ponen las cosas suficientemente claras y uno se queda con las ganas de saber qué quiso decir el autor con esta o aquella palabra que no entiendo... Claro, lo que no entendía yo, a base de diccionario» (20,9).

Por eso que, en principio, el libro sólo debería servir para provocar el diálogo entre el muchacho y su educador. Antes y después del libro tiene que estar presente aquél para evitar al joven posibles y casi seguros daños, por falsas interpretaciones. Es lo que quiere decir, en el fondo, la siguiente declaración:

«Hay algunos libros que, acompañados de unas palabras del confesor, pueden hacernos mucho bien en lo referente a esto» (15,4).

### 5.—¿Cómo realizar la iniciación sexual?

Creo poder reflejar con bastante exactitud las sugerencias y el pensamiento de los muchachos sobre el modo cómo desean se les dé lo que venimos denominando «la iniciación sexual». Voy a esquematizarlo en unos cuantos apartados:

- Dicha iniciación ha de darse a los niños ya desde pequeños, pero paulatina y progresivamente.
- Con delicadeza, tino, sencillez y claridad.
- En particular y privado.
- Sin misterio y con naturalidad.
- Insistiendo, sobre todo, en el aspecto sagrado de lo sexual y en lo que encierra de maravilloso y divino (sic).
- Por fin, y supuesta la capacidad del muchacho, de una manera cada vez más amplia para matar en él la curiosidad que le llevaría a completar su información en fuentes peligrosas.

Citemos tan sólo un testimonio:

«Mire, yo creo que todos estos temas se deben revelar cuanto antes, completa y claramente. No como a mí, que hasta los doce años creía que los pensamientos deshonestos y otras cosas tocantes a esta materia no eran pecado y he estado toda mi vida hecho un mar de confusiones y prejuicios que a nadie me atrevo a revelar» (16.5).

### 6.—¿Cuándo comenzar la iniciación sexual?

En general, afirman los muchachos, el momento de la iniciación depende del ambiente y compañías que frecuente el niño.

Pero la revelación debe irse haciendo desde pequeño. Esperar a la edad de trece-quince o quince-dieciséis años, es demasiado tarde y acarrea funestas consecuencias. Y no debe temerse que una revelación precoz ocasione algún daño, siempre que ésta proceda de un educador, y en particular de los padres. Este daño será nulo comparado con el que harían los amigos al muchacho si le cogiesen desprevenido.

Señalan los adolescentes una edad crítica que debe controlarse mejor. Es la comprendida entre los nueve y los catorce años. En esta edad, según ellos, surgen muchos problemas que no encuentran solución satisfactoria si falta la acción educadora.

«Que se controlen mejor esas edades de los nueve a los catorce años, donde algunos tienen tantos «problemas» sin resolver de manera satisfactoria» (19,5).

### 7.—*Repercusión de los problemas sexuales en la psicología del muchacho.*

Efecto de la iniciación sexual realizada indebidamente o del abandono del niño a sí mismo frente a esas cuestiones, es crear en él «un carácter lleno de preocupaciones» (18,5). El muchacho piensa y repiensa en lo que se le ha dicho con términos más o menos velados o en lo que ha oído vagamente (16,6). Siente entonces ansias de completar la información por los medios que sean (15,6). Vive en una especie de continuo desasosiego e inquietud, lleno de sinsabores (15,6). En fin, estas cuestiones le traen «de cabeza» (15,5).

En lo que acabo de decir, no he hecho más que reproducir expresiones espigadas en las declaraciones de mis colaboradores.

Cito ahora literalmente algunos testimonios:

«Es una pregunta —dice el primero— que a esta edad nos tiene obsesionados y es necesario que nos digan la verdad sin rodeos y con toda claridad para así evitarnos el tener que mirar con malos ojos una cosa que Dios ha hecho» (15,11).

«Cuando yo tenía once o doce años —añade el segundo— me rompía la cabeza buscando la respuesta más razonable» (16).

«Debería haber una persona que resolviera los problemas sexuales, añade un tercero. Pues uno, unas veces por respeto humano, otras porque no se atreve, no consulta problemas que atormentan su espíritu y que pueden tener más tarde repercusiones graves» (15,2).

«En mi caso y en el de tantos otros..., por no haber sido instruidos a tiempo, hemos vivido durante unos años (dos o tres), siempre buscando donde podía formarse una mala conversación para ir a ella» (15,6).

Y cuando el niño ha creído con candor e ingenuidad la patraña de la «cigüeña» o en el mito de «París» y se entera de pronto de la verdad, experimenta una reacción de asombro, de decepción, o, como apunta alguien, se queda «estupefacto». Adquiere con ello una amarga experiencia: siente haber sido engañado miserablemente y se tambalea su fe y confianza en el adulto. He aquí de qué forma tan gráfica expresa uno estos variados sentimientos y reacciones:

«Cuando me enteré de su procedencia, me llevé una gran desilusión, pues París se cayó con todo su peso sobre mí» (17,7).

### 8.—*Iniciación sexual y masturbación.*

Por lo general, sobre todo si la revelación se verifica en edad algo más avanzada, pero también a veces en los casos de revelación muy precoz, el iniciador (amigo, criado, etc.) enseña al mismo tiempo a su víctima la realización de actos deshonestos, de la masturbación concretamente. Esto viene a agudizar el estado de confusión y desasosiego del muchacho. El vicio solitario puede llegar a ejercer sobre él una verdadera tiranía. Su vida puede convertirse en una cadena ininterrumpida de pecados, al menos materiales, acompañados siempre de un oscuro sentimiento de culpabilidad. Y lo peor es que, en muchos casos, el adolescente se siente como desarmado e incapaz de luchar contra esa costumbre. De ahí la necesidad que tiene, entonces más que nunca, de un mentor que le oriente y anime.

Oigamos dos declaraciones entre las mil que podríamos aducir aquí. La primera dice:

«En el momento en que te habitúas a una especie de pecado, que suele ser generalmente el de impureza consigo mismo, no lo puedes evitar más que por una semana como máximo por muchos propósitos que hagas» (15,1).

La segunda:

«Una vez que uno comienza las acciones éstas (masturbación) es difícil separarse, por lo menos en mi caso. Claro está que yo puedo tener una fuerza de voluntad bastante pequeña, pero, sin embargo, compañeros y amigos que yo sé que poseen una fuerza de voluntad firme, también les cuesta, ya que desde los diez u once años aproximadamente aún no han cesado, y, sobre todo, en verano» (17,8).

### 9.—*Iniciación, masturbación y prácticas religiosas.*

Otra consecuencia de la iniciación realizada torpemente y de las prácticas masturbatorias consiguientes, es el alejamiento del niño o adolescente de los ejercicios religiosos y, en especial, de la frecuentación de los sacramentos.

He aquí con qué verismo expresa este fenómeno un joven iniciado en edad muy temprana por malos compañeros:

«El mal de la revelación que se me hizo y los actos consiguientes, me dieron y trajeron un temor a recibir la comunión. De niño pasé largas temporadas sin acercarme a ella, pues no tenía conceptos claros sobre el pecado, pero esto me lo parecía» (16,3).

10.—*Peligros que ofrecen al muchacho determinadas personas.*

Muchas declaraciones subrayan los peligros procedentes de las malas compañías de jóvenes del mismo sexo. Otras hacen especial hincapié en los que pueden ofrecer, y de hecho ofrecen, determinados individuos del otro sexo. En este sentido traigo aquí dos testimonios que cito sin comentarios. Ambos se refieren al peligro que para el niño, primero, y para el adolescente, después, pueden suponer ciertas niñeras, ciertas muchachas de servicio y lo que ellos llaman «personas sedientas de pecado».

«Lo que considero más perjudicial en este asunto —dice el primero— es lo siguiente: El niño, desde que sabe andar, es dado, por decirlo así, a la custodia de una criada. Si la criada es mujer buena, no pasará nada. Si no es recta, entonces el niño se enterará de cosas que no sabe a qué conducen pero que sabe que producen placer.

Para mí, es la mayor barbaridad que un niño de corta edad sea dejado en manos de una criada joven o de una mujer que no sea recta, y que no tenga ningún parentesco con él. Esas cosas que el chico ha aprendido, las irá practicando y cada vez tendrá más pasión, y cuando se entere del fin de esas cosas, entonces es cuando considero que viene lo peor.

Por lo tanto, no dejar al niño con la criada solos, aunque es bastante difícil» (15,5).

El segundo dice así:

«Creo firmemente que lo que hay que prevenir a los que inician el peligroso paso de la juventud, es contra aquellas personas que están sedientas de pecado, tanto hombres como mujeres, y estas últimas son mucho más peligrosas. Hoy día aumenta el número de mujeres que incitan al pecado a veces por sola perversidad, y que nos las encontramos con toda normalidad en cines y demás espectáculos, y aun a veces en personas que se creen de una bondad grande y se deposita en ellas una confianza casi familiar.

Adviértales el gran cuidado que hay que tener con las muchachas de servicio, pues es un gran enemigo para el adolescente si por casualidad le corresponde una sirvienta sin la suficiente formación» (16,7).

.....

*Hasta ahora sólo nos hemos propuesto presentar la encuesta a nuestros lectores y exponerles los resultados brutos de la misma. En una próxima y última parte intentaremos sacar algunas conclusiones y trazar oportunas orientaciones para padres y educadores.*

Carlos ALCALDE GÓMEZ, F.S.C.